

LA MENTALIDAD ANDINA TACHIRENSE: DEL ESPACIO GEOHISTÓRICO AL ESPACIO GEOMENTAL. (1856-1899)

Pascual MORA
Universidad de Los Andes-Táchira
VENEZUELA

RESUMEN

Nos proponemos hacer un análisis de la mentalidad andina tachireense presentando el proceso de afirmación del espacio *geohistórico* al *espacio geomental*, categoría que nos atrevemos a perfilar sobre todo si tenemos en cuenta que la Historia de las Mentalidades ha enriquecido substantivamente la discusión histórica actual. El espacio geomental designa un sector de la búsqueda histórica que apunta a reconstruir la concepción del mundo y la sensibilidad colectiva propia de una cultura. Aquí, la comprensión del concepto es vasto; él designa no solamente las estructuras cognitivas sino también los hábitos psicológicos y morales, las esencias profundas, la visión del mundo, así como el dominio afectivo. En el caso de la región tachireense el espacio geomental se fue conformando en el tiempo de larga duración, con una dinámica propia que la diferencia de otras regiones del país.

Palabras Claves: Historia de las Mentalidades, Espacio Geohistórico, Espacio Geomental.

THE WAY OF THINKING OF THE PEOPLE FROM TACHIRA: FROM THE GEO-HISTORICAL TO THE GEO-MENTAL SPACE. (1856 – 1899)

ABSTRACT

Our propose is to analyze the way of thinking of the people from Táchira, presenting the process of affirmation concerning the geo-historical and geo-mental space. We dare to profile the geo-mental category because we keep in mind that the mentalities history has enriched the present historical discussion. The geo-mental space points out to a part of the historical research that aims at collective sensibility inheriting in a culture. The understanding of the concept here is vast; it designates not only the cognitive structures but also the psychological and moral habits, the deep essences, the vision of the world and also the affective domain. In the case of the Táchira region, the geo-mental space was adjusting itself along time, with a proper dynamics which makes it different from other regions of the country.

Words-Key: Mentality History, Space Geo-historical, Space Geo-mental.

“Antes de ser historiadores de tal o cual rama, somos simplemente historiadores (..) en esto nos alineamos de buena gana con (..) los destructores de cercados (...) No existe en el mundo obra completa alguna. Lo esencial es abrir caminos. Los Annales mientras vivan (...) continuarán luchando contra la nefasta compartimentación de las ciencias”.

Marc Bloch.

INTRODUCCIÓN

Al pergeñar algunas ideas sobre el espacio geohistórico regional tachireNSE a fines del siglo XIX, es necesario preguntarse si existe un espacio, un territorio que agrupe a un colectivo histórico que se llame tachireNSE a fines del siglo XIX. Diremos de entrada que para comprender al tachireNSE hay que remitirse genéricamente a la comprensión de la región andina, pues el espacio geohistórico andino y por ende el tachireNSE tiene una raíz etnohistórica común, tal como lo demostraron en el pasado historiadores de la talla de Ignacio Lares, Julio C. Salas y Tulio Febres Cordero, pero en forma fehaciente fueron los trabajos de Acosta Saignes (1952), Wagner (1972), y Clarac (1976) los que dieron cuerpo a la región andina venezolana. Curiosamente, la integración de la andinidad venezolana se entronca a partir de un imaginario colectivo común, no es ni siquiera la delimitación geográfica la que une a los andinos sino la mental. La investigadora de la andinidad venezolana Jacqueline Clarac confiesa que su reconstrucción etnohistórica y antropológica sólo fue posible gracias al reservorio mental de los andinos, en sus propias palabras señala que “este logro se manifiesta principalmente en relación a las creencias y prácticas simbólicas de los andinos” (1985:8). Aspecto que Jáuregui también destacaba en sus estudios sobre los indígenas andinos al señalar que “había entre ellos algunos indios a quienes llamaban Piaches o Mohanes. Estos eran los sacerdotes del simulacro de religión que tenían y además ejercían

el arte de curar algunas enfermedades con yerbas cuyas virtudes conocían” (1999:106)

El enfoque geohistórico nos permite profundizar en una formación social en el tiempo y el espacio histórico. No vincularemos su análisis exclusivamente a las conocidas categorías de lo sincrónico y lo diacrónico, (Tovar, 1986) sino que ampliaremos la discusión de lo temporal y lo espacial a la complejidad del debate actual. Entre otras razones, porque lo diacrónico contribuyó a la idea de una historia hacia adelante, con un sentido de tiempos únicos, periodizante. Desde el punto de vista de la temporalidad, la historia no puede ser abordada en el sentido de tiempos lineales y únicos, sino discontinuos. El mismo fundador de la Escuela de los Annales, Marc Bloch, nos manifiesta que es necesario: “comprender el pasado por el presente (...) y comprender el presente por el pasado”.

La discontinuidad del tiempo histórico es un elemento fundamental para la comprensión de la región geohistórica tachireNSE, porque “la historia será “efectiva” en la medida en que introduzca lo discontinuo en nuestro mismo ser. Dividirá nuestros sentimientos; dramatizará nuestros instintos; multiplicará nuestro cuerpo y lo opondrá a sí mismo. No dejará nada debajo de sí que tendría la estabilidad tranquilizante de la vida o de la naturaleza, no se dejará llevar por ninguna obstinación muda hacia un fin milenario. Cavará aquello sobre lo que se la quiere hacer descansar, y se encarnizará contra su pretendida continuidad.” (Foucault, 1978: 20).

DEL ESPACIO GEOHISTÓRICO AL ESPACIO GEOMENTAL

Concentramos el análisis del espacio *geohistórico* a partir del *espacio geomental*, categoría que nos atrevemos a perfilar sobre todo si tenemos en cuenta que la Historia de las mentalidades ha

enriquecido substantivamente la discusión histórica actual. El espacio geomental designa un sector de la búsqueda histórica que apunta a reconstruir la concepción del mundo y la sensibilidad colectiva propia de una cultura, propias a un momento dado. Aquí, la comprensión del concepto es vasto; él designa no solamente las estructuras cognitivas sino también los hábitos psicológicos y morales, las esencias profundas, la visión del mundo, así como el dominio afectivo.

La región tachireense se fue conformando como conjunto a través del tiempo, con una dinámica propia que la diferencia de otras regiones o localidades. En el caso de la región Barquisimeto siempre tuvo un centro definido alrededor del cual surge como espacio *región geoeconómica* (Rojas, 1995). Mientras que la región tachireense tuvo dos centros: en la Conquista, La Grita; y en la Colonia y República, San Cristóbal; “ la Grita mantendrá una cierta supremacía por mucho tiempo, a pesar de que su importancia disminuye cuando se apaga la brillante luz de Cáceres, y se cambia su capitalidad de Gobernación por la simple ciudad. Con el tiempo ambas poblaciones tomarán parecido nivel, hasta que la misma virtualidad de los hechos coloque a San Cristóbal como cabeza de la tierra tachireense. Ambas poblaciones, cada una con su propia fisonomía y su espíritu peculiar, son en definitiva vertientes de una misma historia que confluyen en definitiva a forjar el alma tachireense.” (Castillo Lara, 1989:334) Por eso para definir la región geohistórica tachireense hay que tomar en cuenta la importancia de La Grita como importante centro de irradiación de la cultura tachireense. Recordemos que La Grita fue cabeza de Gobernación, la Gobernación de La Grita y Cáceres erigida por Real Cédula del 26 de mayo de 1588. En el tiempo esa Gobernación se transformó y “entró a formar parte del Corregimiento de Mérida, que se creaba con su territorio y el de la ciudad de Mérida y Villas de San Cristóbal y San Antonio de Gibraltar, y cuyos términos, que avanzaban al este de Timotes, comprendían los pueblos de indios en ellos fundados, y al poniente los de Lobatera, Táriba, EL Cobre, Guásimos, etc. El gobierno de Mérida y San Cristóbal dependían hasta entonces del Corregimiento de Tunja, pero vistos los inconvenientes que

presentaba el gobierno autónomo de La Grita y Cáceres, D. Juan de Borja, Presidente del Nuevo Reino, por auto del 1º de mayo de 1607 y autorizado por Cédula del 3 de abril de 1605, erigió el Corregimiento de Mérida, creación confirmada por el Rey en Cédula de 10 de diciembre de 1607. Por Real Cédula de 3 de noviembre de 1622, al crearse la Gobernación y Capitanía General de Mérida del Espíritu Santo de La Grita, con el territorio de los actuales Estados de Mérida, Táchira, Barinas y Apure, se confió dicho territorio al trujillano Juan Pacheco Maldonado.” (Briceño, 1990, VII:136-137)

He aquí algunas de las razones históricas que nos permiten sostener que La Grita es clave no solamente para comprender la región geohistórica tachireNSE, sino la región andina, pues fue el centro genitor a partir del cual se inició el proceso de nuevas reorganizaciones espaciales. La región andina venezolana es una región que tiene encuentros y desencuentros, con puntos en común y puntos en diferencia, que se inicia teniendo al espacio geohistórico como centro homogeneizador pero que en el tiempo esa unidad se transforma en una unidad más mental que espacial; y no por eso deja de ser científica si tomamos en cuenta los aportes que introduce las concepciones de la Nueva Historia, la Historia de las Mentalidades y la Historia de las Representaciones.

Dentro de la andinidad, conviene igualmente preguntarnos por otro de los términos que involucra epistemológicamente la investigación, como es la tachiranidad. Sin duda preguntarse por la tachiranidad genera controversias, en principio, podemos identificar por lo menos tres grandes tendencias: la primera, la que sostiene que el Táchira y la tachiranidad es un invento reciente, en tanto es sólo a finales del siglo XIX que se conforma una conciencia de pertenencia a un grupo humano, el ser tachireNSE. Esta tesis es particularmente influenciada por Pedro María Morantes, quien sostiene que “el Táchira se ha formado recientemente; casi podemos decir que San Cristóbal se ha levantado delante de nuestros ojos (...) nosotros no tenemos pasado y nuestro destino está todavía frente

a nosotros” (1960:128). Esta visión tiene muchos defensores, el más descollante es sin duda Arturo Guillermo Muñoz, para quien la tachiranidad es un “utillaje mental” compuesto por la fusión de los habitantes originarios y los diferentes grupos de inmigrantes que poblaron el Táchira a finales del siglo XIX, razón por la cual la tachiranidad es un concepto frágil, hasta el punto que se pregunta “si tachirense podría llamarse solamente al nativo o también al inmigrante que resolvió adoptar aquella tierra como suya para el resto de sus días” (Muñoz, 1985:65). En la tesis de Muñoz la tachiranidad se conformó desde afuera, vale decir, a partir de la inmigración nacional y extranjera, y no desde adentro como debió ser lo propio.

La segunda, es la enunciada por Alfredo Angulo, evidentemente influenciada por la tesis de Muñoz, para quien la tachiranidad es una visión “más ideologizada que real, menos científica que política” (Angulo, 1989:16). En este sentido la tachiranidad sería más que otra cosa, un elemento publicitario -diríamos hoy- de un plan político gestado a fines del siglo XIX que ni siquiera involucró a todos los tachirenses porque “los sesenta entran victoriosos a Caracas pero (he aquí otra paradoja) sin lograr penetrar exitosamente a la ciudad de San Cristóbal” (Ídem).

Y la tercera, la que sostiene que la tachiranidad se ha fraguado con anterioridad a la misma fecha de reconocimiento de la antigua Provincia del Táchira, el 13 de marzo de 1856. Elementos de juicio que sustentan esta tesis los encontramos en los escritos de M. Figueroa (1941), A. Ferrero Tamayo (1967), J. J. Villamizar Molina (1972), H. Cárdenas (1978), L. G. Castillo Lara (1986), R. M. Rosales (1990), además de la casi totalidad de autores de la Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses en donde se demuestra que la conformación de la ciudad de San Cristóbal, y de los demás pueblos del Táchira, no son producto de un apreciación momentánea sino que hay que hurgar en sus raíces fundadoras y hundir las huellas en el barro de los últimos quinientos años.

Por nuestra parte nos inclinamos por esta última tesis, porque la tachiranidad viene instaurada en el tiempo de larga duración, recordemos que los pueblos se integran por la mentalidad, vale decir, por el utillaje mental: los hábitos, las costumbres, las formas de amar y de vivir, la comida y, en una palabra, por la comprensión del mundo. Es lo mental y no necesariamente lo espacial lo que integra a un colectivo humano.

Si bien los historiadores tradicionales que han escrito sobre el Táchira aciertan en la forma de abordar el tiempo histórico, hay que aclarar que el tratamiento de los datos históricos está preñado por la tradición positivista, en donde se mantiene una visión más erudita que crítica de la historia. El acierto estaba en ubicar el problema de la conformación mental o psicológica del tachireNSE desde la época de la Colonia, pues “la dependencia política directa del Corregimiento de Pamplona y luego de Tunja, había variado radicalmente en 1607 con la creación del Corregimiento de Mérida de La Grita, en el cual se reunieron estas dos ciudades, Barinas, Gibraltar y la Villa de San Cristóbal. Ello se consolidaba en 1622 al elevarse el Corregimiento a Gobernación, la cual adquiriría vigencia en 1625 al posesionarse su primer Gobernador Juan Pacheco Maldonado. Con esto se había formado una unidad político-administrativa, que además de responder a una realidad geográfica agrupaba comunidades humanas, sobre todo La Grita y San Cristóbal, con más estrechas vinculaciones históricas, sociales, económicas y aún psicológicas.” (Castillo Lara, 1989:31).

Esta tesis tiene gran importancia desde el punto de vista de la historia de las mentalidades, pues las mentalidades son estudiadas desde el concepto de tiempo de larga duración; concepto esbozado por Fernand Braudel en 1958. En ese sentido para poder hablar de la mentalidad regional tachireNSE tendríamos que remontarnos para decantarla desde la antigua Gobernación de La Grita y Cáceres (1576). Planteamiento que no tiene porque ser visto como un reduccionismo regionalista, pues “la región histórica debe acoplarse al tiempo colo-

nial y no a la noción moderna de lo que es el espacio geográfico regional; en tal sentido ella coincidiría con el territorio de la antigua gobernación del Espíritu Santo de La Grita que agrupaba a Mérida, La Grita, San Cristóbal, San Antonio de Gibraltar, Barinas y Pedraza, y a la cual le podríamos agregar Trujillo, que aunque es parte de la Gobernación de Venezuela y más ligada jurídica y políticamente al Centro (por estar adscrita a la Real Audiencia de Santo Domingo) desarrolló, desde sus inicios, relaciones económicas comerciales con la sierra y el piedemonte; además de compartir características geográficas-culturales similares con el resto de los pueblos andinos.” (Matheus, 1979:19-20) Esta remota división geopolítica más allá de los consabidos litigios de interpolación del Gran Título de La Grita, ha generado problemas que tiene coletazos hasta hoy; “en el tiempo, por la dinámica histórica y por las demarcaciones y divisiones político-territoriales a que ha sido sometido el espacio geográfico en referencia -la jurisdicción de la antigua ciudad de La Grita- forma parte del territorio político de varios estados (los pueblos de Guaraque y Bailadores pertenecen hoy al estado Mérida; parte de la zona sur del Lago de Maracaibo pertenece al estado Zulia y toda la zona norte del estado Táchira está dividida hoy en varios municipios). Esto ha generado discusiones en cuanto a la fijación de límites interestatales y municipales” (Lugo, 1998:LXXII). Lo anterior enfatiza la importancia de la comprensión de la historia en el sentido que el maestro Marc Bloch recomendaba: “ (...) La incompreNSión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero no es, quizás, menos vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente.” (Bloch, 1986:78).

LA MENTALIDAD TACHIRENSE

Queda claro que cuando aludimos al concepto de geomental nos remitimos a toda la tradición historiográfica fundada por la Escuela de los Annales (1929), pero específicamente a partir de la tercera generación de Annales, en donde se amalgama

definitivamente la metodología histórica conocida como historia de las mentalidades a partir de la década del sesenta.

La historia de las mentalidades aparece con la clara intención de ser un enfoque que articula la interdisciplina, “la mentalidad recubre pues un más allá de la historia, pretende satisfacer las curiosidades de historiadores decididos a ir más lejos. Y primero al encuentro de otras disciplinas” (Le Goff, 1974: III, 82). Por eso el historiador de las mentalidades se nutre de todas las disciplinas, aunque fundamentalmente de la psicología social, la etnología, la antropología, la semiología, la mitología; hecha mano del psicoanálisis de Freud, pero también de la teoría del inconsciente colectivo de Jung.

La historia social ha dejado de ser una disciplina unilineal como la entendió la concepción geohistórica, pues “debe estudiar al mismo comportamientos y mentalidades. Se reviste, pues, de psicología e incluso de psicoanálisis. La historia social tradicional, renovada ya por el grupo de los Annales, se transforma más y más” (Mauro, 1968:242).

La historia de las mentalidades nos permite estudiar el punto de fusión entre lo individual y lo colectivo, en el caso del Táchira nos permite estudiar el grado de conciencia de pertenencia de las comunidades regionales a un colectivo que se afianza a fines del siglo XIX, y que se conoce con el nombre genérico de tachiranidad, esa “formación psíquica” (Villar, 1980:184) del tachireNSE es la que lo conforma como una mentalidad colectiva. Porque recordemos que la evolución “psíquica” del tachireNSE no fue uniforme. Geohistóricamente lo que hoy es el Táchira tuvo antes del siglo XIX varios centros y no precisamente Caracas. Recordemos, que Táchira y Mérida siempre estuvieron expuestos al influjo cultural neogranadino, no así Trujillo quien estuvo invariablemente adscrito a la colonial Provincia de Venezuela. De allí que el Táchira en tanto que conciencia de pertenencia a la nación venezolana pasó por una

difícil diferenciación mental, jurídica, administrativa y espacial respecto al Reino de Granada; porque “la historia del espacio colonial tachireense está íntimamente ligada, como ya lo han notado Caracciolo Parra (1930), Marco Figueroa S. (1941), Monseñor Edmundo Vivas (1942), Rafael María Rosales(1944), Marco Aurelio Vila (1950), Aurelio Ferrero T.(1960), Arturo Cardozo (1965), José J. Villamizar Molina(1972), Nectario María (1975), Horacio Cárdenas (1978), a la historia del Nuevo Reino de Granada” (Ferrero, 1992: 2)

La diferenciación “psíquica” de tachireense respecto del neogranadino ha sido la más difícil de superar, la conciencia de pertenencia a la nación venezolana fue un proceso lento, porque “sentimentalmente, el Táchira siguió siendo una prolongación de Colombia (...) La imitación de lo colombiano era una especie de religión regional. El tachireense ignoraba lo que aconteciera en Barinas o en Caracas pero tenía noticias exactas sobre el desarrollo de la vida en el vecino país.” (Rangel, 1980:30)

Incluso podemos decir que la mentalidad tachireense es anterior a la mentalidad venezolana. Si hoy todavía se captan diferencias mentales entre los tachirenses y el resto del país, en parte se debe a que la mentalidad andina se gesta antes que la mentalidad venezolana. De alguna manera, los andinos tachirenses lograron tener conciencia de pueblo antes de pertenecer al Estado-Nación. Si nos acogemos a la premisa anterior, la genealogía mental del Táchira debe arqueologizarse desde La Grita, pues antes de 1856 no hay otro pueblo, que hubiese sumado más elementos definitorios de la mentalidad, como: abolengo cultural, hábitos, costumbres, tradiciones, orientaciones intelectuales, morales, cognitivas y afectivas, así como, una conciencia de pertenencia a una comunidad, y con un centro definido. La mentalidad no se decreta ni se impone.

El Táchira, en tanto que región geomental, no evolucionó como un todo homogéneo, siempre se mantuvieron diferencias en la disputa por un centro de poder entre los diferentes pueblos. Luego de la

declinación de La Grita como importante centro durante la época colonial, es San Cristóbal la ciudad que adquiere paulatinamente la importancia como centro de la tachiranidad hasta consolidarse en el siglo XIX. El siglo XIX fue determinante para la mentalidad colectiva tachireNSE, pues permitió unir al individuo con su grupo y, lo más importante, asumió como colectivo histórico la incorporación mental del Táchira a la nación venezolana a través de la Revolución Liberal Restauradora.

Aunque hay que reconocer que esa unidad mental no fue fácil, ni siquiera la Restauradora logró unificar de inmediato el colectivo tachireNSE, pues sólo en parte logró captar solidaridades. San Cristóbal, por lo menos, se mantuvo infranqueable resistiendo hasta el final. Primero entraron los “sesenta” a Caracas antes que doblegarla. Pero el trabajo ya estaba hecho en términos de mentalidad, recordemos que no la funda lo coyuntural sino lo estructural.

Desde el punto de vista social la pretendida homogeneidad del Táchira de la cual habla Arturo Guillermo Muñoz (1985) “ha sido un planteamiento más ideológico que científico” (Angulo, 1993:33). Pues, en el Táchira siempre hubo grupos familiares privilegiados de origen aristocrático, antes de la Guerra Federal: los Noguerras, los Librillos, los Entrena, y los Guerrero; después reforzados por “núcleos familiares de talante colonial: Febres Cordero o Baldó, Villafañe o Arvelo, son apellidos que en el Táchira buscaron prolongar su ascendencia social” (Ídem, 33) provenientes de Mérida, Trujillo y Barinas. Aunque hay que reconocer que esos grupos familiares nunca llegaron a constituirse en una clase dominante sobre las que se levantó la regionalidad, tal como sucedió en otras regiones venezolanas, v. Gr: la Región Barquisimeto, en donde “la caracterización de la clase dominante de Barquisimeto como una aristocracia territorial y municipal responde a la necesidad de destacar los dos factores sobre el cual levanta el dominio regional. Por un lado, a través del control de la tierra y la fuerza de trabajo de indígenas

encomendados y esclavos, y por otro lado, el dominio del Cabildo” (Rojas, 1995: 445).

La conformación de una clase poderosa económicamente en el Táchira es más bien reciente en términos históricos, proviene del reacomodo que sufrió la economía doméstica tachireense a fines del siglo XIX, con la incorporación de los capitales extranjeros; “en San Cristóbal, como en todo el Táchira, no hay hombres que puedan llamarse propiamente ricos; pero tampoco hay mendigos: cual más, cual menos, la mayor parte tienen tierras, hogar y cultivos que proveen a sus modestas necesidades, y lo que es más, para todos hay ocupación productiva, hasta para los más impedidos, en el beneficio del café, siendo notable la integración de Colombia en tiempo de cosecha de este fruto” (Villet, 1960: 191).

La mentalidad económica tachireense presenta diferencias con la del resto del país, “ en el tachireense de las aldeas - y su congénere de la ciudad tendrá el mismo espíritu- hay una propensión al ahorro mucho más acentuada que entre los otros venezolanos (...) El espíritu de ahorro que hizo famosa en Inglaterra a la era victoriana, se manifiesta con silvestre redundancia en ese Táchira de colonos que ve aproximarse la llegada del siglo XX. La profusión de morocotas acumuladas, hasta por gentes modestas, es un testimonio de aquella vocación ahorrativa (..) El tachireense de fines del siglo XIX es un ahorrador (...) empedernido que convierte sus monedas en cafetales, en vacas de ordeño o en novillos de ceba” (Rangel, 1980:229).

Quizá esa propensión del tachireense al ahorro tenga sus orígenes en una anécdota que sostiene que “luego de la Batalla de Lepanto, Don Francisco de Cáceres, fundador de La Grita, y que había sido cautivo de los turcos por largos años, tuvo seguramente, como lo refiere la conseja, la ocurrencia de pedirle al Rey prisioneros turcos para poblar su corregimiento tan ausente de gente como abundoso de aguerridos enemigos. Cuentan que el Rey accedió a la demanda y que alrededor de unos doscientos prisioneros de

Lepanto llegaron a la parte alta del Táchira, donde al mezclarse con españoles e indígenas dieron lugar a un tipo físico que tanto parecido guarda con los turcos selyúcidas. En el Táchira más que en ninguna otra parte de Venezuela abundan nombres claramente otomanos como Alí y Omar, al igual que otros de neta raíz bíblica, tales como Eleazar, Isaías, Samuel, Rubén, Efraín, Josué, Ezequiel y Abel, que si son comunes a cristianos, hebreos y mahometanos, no son usuales entre los primeros” (Herrera, 1981: 340). La herencia mora directa de los tachirenses la podemos apreciar no sólo en su tipología física sino en la misma actitud mental hacia el ahorro y la austeridad tan propia de los turcos.

Desde el punto de vista histórico la presunción que Herrera Luque rescata de la tradición oral, tiene un curioso testimonio, cuando se celebró el nacimiento del hijo de Felipe II en La Grita (1702), allí se registra un expediente según el cual entre las personas que desfilaron para la congratulación se encontraban personas disfrazadas con turbantes y trajeados a la usanza musulmán. (Lugo, 2000)

En la mentalidad económica tachirense intervienen diversas influencias: la española, la turca y la indígena, pero buena parte de la actitud mental del tachirense hacia el trabajo quizá tenga más raíces en la herencia mora que en las otras dos. Esta actitud le ganó la fama al tachirense a nivel nacional de laborioso incansable, pero a su vez de pícaro soterrado con la desconfianza o “caribería” del indio. Indudablemente que la actitud mental del tachirense hacia el trabajo se vio reforzada a fines del siglo XIX con la influencia alemana, la italiana y de los corsos, llegando incluso a tener una referencia nacional sin parangón.

La inclinación del tachirense hacia el trabajo tiene como correlato significativo la conformación de una mentalidad familiar que se fue fraguando desde la época colonial, en un estudio psicosocial sobre las familias fundantes del Táchira se señala que “los caracteres

puestos de relieve sugieren la posibilidad de que en la estructura social andino tachireense, a lo largo de buena parte del siglo XIX, pudieran haber mantenido continuidad los patrones sociales típicos de la estructura familiar colonial, lo que plantea el problema del porqué éstos no se mantuvieron en el resto de Venezuela” (Alruiz, 1999:33). Afirmación que nos permite inferir por lo menos tres consecuencias:

- a) Que la mentalidad familiar tachireense tiene antecedentes que se remontan a la época colonial, vale decir, al tiempo de larga duración.
- b) Que la mentalidad familiar tachireense tiene diferencias marcadas con el resto de la mentalidad familiar venezolana, lo que nos hace pensar que al interno de la sociedad tachireense se fraguaba una mentalidad en términos de colectivo histórico y que la pertenencia mental al Estado-nación venezolano no fue fácil.
- c) Que estas diferencias explican porqué el tachireense tiene una visión diferente respecto a la manera de ver la familia.

En consecuencia, esa mentalidad familiar fue determinante en la conformación de la mentalidad económica, pues la familia tachireense está caracterizada por tener una “organización familiar inmovible, cuyos lazos eran entrañables, de espíritu seguro, ahorrativo y migrador al mismo tiempo, hombre en fin de triunfos resonantes en el campo del desarrollo económico” (Rangel, 1980:27).

En otro trabajo reciente sobre identidad socio-cultural del campesino andino tachireense -importante para nuestro estudio porque en dichas comunidades el tiempo transcurre con mayor lentitud y, en consecuencia, es posible encontrar un *utillaje mental* que pareciese detenido en el tiempo- podemos constatar la organización de la mentalidad familiar tachireense, en tanto que en “su estructura, todos los miembros tienen un estatus y unas tareas que desempeñar, algunas de ellas bien diferenciadas según la edad.

GEOENSEÑANZA. Vol.4-1999(2). p. 303-320. La Mentalidad Andina TachireNSE: Del Espacio Geohistórico al Espacio Geomental. (1856-1899). **MORA**.

Tal distribución está asegurada por los procesos de socialización y responde a modelos mantenidos por la tradición” (Mendoza, 1995:49).

Finalmente, la conformación del espacio geomental tachireNSE no sólo fue importante para la conformación de la mentalidad tachireNSE, sino que a partir del siglo XIX el tachireNSE aporta parte de sus herencias mentales en la conformación de la mentalidad venezolana.

REFERENCIAS BIBLIOHEMEROGRAFICAS

ACOSTA SAIGNES, M. (1952) “El área cultural Prehispánica de los Andes Venezolanos”. En: *Archivo Venezolano del Folklore*, I, (1). 45.

ALRUIZ DE TORRES, M. (1999) *La Familia en el Táchira, Venezuela. Un estudio psicosocial retrospectivo*. Ed. Mimeografiada. Trabajo de Ascenso a la categoría de Profesor Titular. UNET. San Cristóbal, Venezuela.

ALVARADO, F. (1961) *Memorias de un tachireNSE del siglo XIX*. BATT. Caracas.

ANGULO, A. (1993) *Los Andes de Venezuela. Un estudio de historia política*. Mérida: Universidad de los Andes.

Bloch, M. (1978) *La historia rural francesa: caracteres originales*.

————— (1949) *Apología de la Historia o el oficio del Historiador*. Caracas: Coedición Fondo Editorial Lola de Fuenmayor y Fondo Editorial Buría. (1986)

BRICEÑO IRAGORRY, M. (1945) Formación de la nacionalidad venezolana. Obras Completas, Vol. 7, (1999) Caracas: Congreso de la República.

CASTILLO LARA, L. (1989) *Elementos Históricas del San Cristóbal Colonial. El proceso formativo*. Caracas: BATT.

CASTILLO LARA, L. (s/f) *San Cristóbal siglo XVII, tiempo de aleudar*. Caracas: BATT.

GEOENSEÑANZA. Vol.4-1999(2). p. 303-320. La Mentalidad Andina Tachireense: Del Espacio Geohistórico al Espacio Geomental. (1856-1899). **MORA**.

CLARAC DE BRICEÑO, J. (1976) *La cultura campesina en Los Andes venezolanos*, Mérida: Multicolor.

—————(1985) *La Perspectiva de los dioses. (Etnografía cronológica de los Andes Venezolanos)*. Mérida: Ediciones de la Universidad de los Andes.

FOUCAULT, M. (1971) *Nietzsche, la genealogía y la historia*. (1978) *Microfísica del poder*. España: La Piqueta.

HERRERA LUQUE, F. (1981) *La Historia fabulada*.

JÁUREGUI, J. M. (1887) *Apuntes estadísticos del Estado Mérida*. (Obras Completas, Tomo I, 1999) San Cristóbal: Gobernación del Estado Táchira.

LUGO, Y. (1997) *El becerro de La Grita*. San Cristóbal: BATT.

—————(2000) *Arqueología de la Memoria Escrita de la Histórica ciudad del Espíritu Santo de La Grita*. La Grita: Ed. Mimeografiada. Clase Magistral con motivo de la inauguración de la Cátedra Libre Jesús Manuel Jáuregui Moreno. Venezuela.

MENDOZA, C. (1995) *Identidad socio-cultural y patrones de aprendizaje del campesino andino*. Ed. Mimeografiada. Tesis Doctoral en Educación. UPEL. Caracas. Venezuela.

MORANTES, P. M. (1911) "Carta a Don Pancho". En: Alvarado, F. *Memorias de un tachireense del siglo XIX*. 1961.

MUÑOZ, A. (1985) *El Táchira Fronterizo*. Caracas: BATT.

RANGEL, D. A. (1980). *Los andinos en el poder*. Valencia: Vadell Hermanos.

ROJAS, R. (1995) "Elites y propiedad territorial en Barquisimeto provincia de Venezuela. Siglo XVIII". En: *Rev. de la Universidad de Alcalá*, No. 12, 1995, 445.

————— (1995) *Historia Rural de la región de Barquisimeto en el tiempo histórico colonial (1530-1810)*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.

GEOENSEÑANZA. Vol.4-1999(2). p. 303-320. La Mentalidad Andina Tachireense: Del Espacio Geohistórico al Espacio Geomental. (1856-1899). **MORA.**

TOVAR, R. (1986) *El enfoque geohistórico*. Biblioteca de la Academia nacional de la Historia. Monografías y Ensayos, N° 77.

VILAR, P. (1980) *Introducción al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona: Crítica.

VILLET, M. et al. (1960) *El Táchira en 1876*. Caracas: BATT.